



EL MINISTRO de Universidades, Manuel Castells, afirmó al diario ABC días atrás que «condenar a los alumnos por un suspenso es elitista, machaca a los de abajo y favorece a los de arriba». Las declaraciones son sorprendentes. Sobre todo, viniendo de quien acredita una celebrada trayectoria en la élite académica y política.

Que un alumno pueda obtener el título de Bachillerato, aunque cargue con una asignatura suspensa, es discutible según el caso. ¿Por qué no? El problema, en cambio, es que nuestros ministros asocian la relajación de la exigencia con la idea de una batalla por la justicia social entre –otra vez más!– los de arriba y los de abajo. La sociedad justa, se nos quiere decir, es aquella que redistribuye los resultados académicos con la misma equidad que las rentas u otros bienes. Traducido: títulos para todos.

Para bien o para mal, nuestros ministros no son originales. Son la expresión del cambio conceptual en la idea de igualdad que ha registrado buena parte de la familia progresista en Occidente. Donde la idea de igualdad, asociada a la educación,

ya no hace referencia a la obligación que contrae el Estado de ofrecer la máxima igualdad en las oportunidades a cada alumno, sino que apunta a la necesidad de procurar la máxima igualdad en la llegada. A saber: en los resultados.

El filósofo Roger Scruton ya había advertido que esta idea de igualdad, que anida en el corazón de buena parte de la pedagogía occidental, trabaja sobre la falacia de la su-

que reproduce la desigualdad de partida.

No es casualidad que esta moda pedagógica de la que participan nuestros ministros haya declarado nuevos enemigos a la autoridad del profesor, los contenidos, los exámenes y calificaciones. La guerra, por supuesto, se nos presenta bajo las banderas de la justicia y de la equidad. Ya lo vemos con Castells. La revolución aún está por hacer. Pero, como señaló el profesor Diego

## GATOPARDISMOS

JORGE  
DEL PALACIO



## La rebelión de las élites

ma cero. Es decir, sobre la creencia de que los ecosistemas educativos que permiten el éxito destacado de algunos alumnos condenan al resto al fracaso. Desde esta posición, cualquier mecanismo de clasificación que jerarquice a los alumnos en función de su rendimiento se convierte, automáticamente, en algo sospechoso. En un instrumento

Garrocho, no hay que dejarse engañar: «Cuando una reforma educativa rebaja su nivel de exigencia es el propio Estado el que alivia su compromiso formativo».

Y cuando eso ocurre, gobierne quien gobierne, lo que se procura es que la élite siga siendo élite. Ahora, ¿quién se rebela contra quién?